

La lealtad y el psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

La lealtad constituye la virtud de ser fiel a principios o deberes valorados por el hombre. En otras palabras, es la adhesión a ideas o causas sostenidas dentro de un familia, una agrupación, la nación o un líder carismático. En realidad no debemos referirnos a una sola lealtad sino a múltiples, porque pueden dirigirse a los móviles más distintos. A veces éstos son negativos y durante más de medio siglo millones de personas apoyaron al comunismo y en los treinta murieron luchando en favor del fascismo. Incluso hoy en día encontramos adhesiones a la mafia, o a un partido político que como el PRI carece de una ideología permanente. Recuérdese que durante el régimen de Luis Echeverría nos inclinaba hacia la izquierda y el presidente describía constantemente cómo los países capitalistas aplastaban a los más débiles, lo cual no obtó para su enriquecimiento personal. En el periodo de López Portillo como venganza a las derechas y ante su desprestigio se estatizó la Banca, lo cual iba de acuerdo con el artículo 0 del Manifiesto Comunista de Carlos Marx y Federico Engels. A lo largo del gobierno de Miguel de la Madrid los incondicionales del PRI optaron por el centro y con Carlos Salinas hemos pasado a favor de los conservadores y el gran capital, lo que nos indica que ideológicamente se oscila hacia aquello que en el momento conviene sin respetar modelo alguno.

Dentro de la familia se espera siempre la lealtad del cónyuge y de los hijos, con lo que sufrimos desengaños porque aspiramos a una solidaridad inviolable. Podría decirse que este problema se hace más patente en cuanto a la honradez de los amigos o de las personas jerárquicamente distintas de nosotros.

Es por esta razón que determinadas lealtades adquieren un sentido peyorativo al tomar un carácter "chauvinista", como la idea de que se luche por una nación en la que se persiguen fines racistas o negativos. Incluso hemos visto abusos cuando en un principio se ha considerado a un personaje como traidor a la patria y posteriormente se le transforma en un mártir.

Históricamente el primer caso de lealtad absoluta a las ideas propias fue el de Sócrates a quien las autoridades atenienses acusaron de corromper a la juventud. En el diálogo "La Apología" Platón nos muestra la virilidad del filósofo, quien habiendo sido condenado a muerte permanece fiel a sus princi-

pios sin abdicar a lo que enseña y nos dice: "No está bien el que un hombre haga cálculos antes de obrar frente a las posibilidades de vivir o morir. Lo noble es que considere si lo que hizo resultó justo o no, si actuó de acuerdo con su corazón o no".

En el "Crittón" o Diálogo del deber, Platón y sus amigos han preparado la fuga de Sócrates, pero éste se rehúsa a efectuarla argumentando: "No debemos preocuparnos más que de la verdad, la cual constituye el juez supremo que diferencia lo justo de lo injusto. Vivir bien no es otra cosa que ser honesto por lo que la huida equivale a destruir las leyes del Estado. Si a éste no podemos convencerlo con la persuasión, más vale humillarnos. Es por esto que prefiero la muerte al destierro, donde me convertiría en un corrupto de las leyes y principios que acepté".

Desde el punto de vista de Platón cuatro eran las virtudes fundamentales: el valor, la justicia, el autocontrol y la sabiduría. Dentro de cada una de ellas hallaríamos la lealtad, puesto que atribuía la valentía a los soldados que juran fidelidad a la patria. La justicia y el autocontrol serían inconcebibles sin la adhesión a los derechos humanos y la búsqueda del conocimiento resultaría inexplicable sin indagar la verdad y lo legítimo.

De una manera menos clara Aristóteles señala que es imposible para un hombre alcanzar las metas que se propone, si está fuera de la comunidad en la cual vive. Para ser virtuoso se requiere evitar la traición o la perfidia. En la "Moral a Nicomaco" el filósofo dice: "La conducta humana nunca debe guiarse por intereses aunque sean los de los dirigentes, sino por la misma nobleza de los actos que se relacionen con una lealtad a nuestra misión en la vida".

En la época en que la ciudad constituía el Estado y por lo tanto la única organización política la lealtad quedó confinada a sus límites, de tal manera que Sócrates se sometió al castigo y murió gallardamente. Sin embargo, con las conquistas de Alejandro Magno y el surgimiento del Imperio romano nació una especie de hermandad entre los hombres y la nación. Por entonces aparecieron los filósofos estoicos que sostenían la fidelidad al poder. En "De tranquillitate animi" Séneca nos dice que lo principal para alcanzar la tranquilidad es el sentimiento de utilidad en el servicio del Estado, porque el verlo florecer reinará la paz y el conocimiento. Por el contrario, si el Imperio es afligido sobrevendrá la corrupción y las fortunas malhabidas.

A lo largo de la Edad Media la lealtad única era hacia Dios; leemos en las Sagradas Escrituras que la verdad significa honestidad, firmeza, fidelidad y equilibrio. La exhortación al martirio constituía la prueba final y aún ante la amenaza de la muerte, la persona rechazará la idolatría. Fue este culto religioso el que extinguió muchas rebeliones contra los reyes o príncipes. No obstante en 1215 el pueblo inglés llevó al inepto Juan sin Tierra a orillas del Támesis y lo obligó a que firmara la Carta Magna. En el capítulo 61 de la misma quedaba establecida como fundamental la lealtad al país, antes que al hombre que gobierne. A partir de aquella fecha al poder del soberano quedó limitado por otro tipo de fidelidad.

Se puede afirmar que en el mundo moderno ha surgido la idea pluralista de la lealtad. En el siglo XVIII el jurista inglés William Blackstone insistió en que se ampliara el significado de la palabra traición que había sido utilizada exclusivamente contra aquellos que ofendían al país, cuando la deslealtad podía ser observada en la vida privada. En otras palabras, que tenían que existir alianzas familiares y domésticas que cuando no eran observadas se transformaban en pequeñas traiciones.

La primera Constitución de Estados Unidos promulgada en 1791 contenía la ley de sedición, en donde los escritos maliciosos contra el gobierno que lo difamaran serían penalmente castigados. Afortunadamente en 1801 Thomas Jefferson modificó el texto dando paso a la libertad de prensa que prevalece en aquel país.

El espíritu de la lealtad hacia las naciones ha perdido fuerza con juramentos de fidelidad a regímenes tan detestables como el nazismo que exigía obediencia absoluta al Führer y a la raza aria. Por suerte se rompió esta absurda promesa cuando el conde Stauffenberg le colocó una bomba al bunker del tirano.

Aspectos psicológicos

La lealtad no es otra cosa que una función del YO, o sea, un sistema abstracto en el que pueda crear la parte organizada de la mente. Aunque sea esta estructura el centro donde reside la idea de la fidelidad a determinados principios no podemos descartar la influencia que la conciencia moral nos impone para que se sostengan. En otras palabras, cualquier posición de lealtad extrema provoca ambivalencia y siempre trataremos de regular nuestros impulsos agresivos contra ello; para man-

tener los principios que se establecieron en la infancia. al permanecer fieles a determinadas ideas establecemos un requerimiento moral en el que nos decimos: "Hice lo debido y espero que los que me rodean actúen de la misma manera".

Desde el punto de vista filogenético el niño recién nacido carece de lealtad alguna y ella se va imponiendo a través de la gratitud hacia el amor que recibe de la madre. Es decir, considera como "buenos" a los alimentos o regalos que recibe y "malo" a todo aquello que le provoca frustración. Por lo tanto la lealtad hacia los padres no resulta otra cosa que un proceso de identificación y la difidelidad hacia la nación parte de la enseñanza en la escuela.

Sin embargo, una de las funciones principales de la educación consiste en restringir y disciplinar al niño, por lo que muchas veces es interpretada como una acción maligna e injusta, por lo que se incorpora aquella que conocemos como deslealtad. Por lo tanto, para que aparezcan principios virtuosos deberá existir una menor represión y el que se permita el expresar impulsos agresivos y sexuales como una parte de los ideales alcanzables.

En uno de los pocos textos que he encontrado sobre el tema de la lealtad el filósofo norteamericano Josiah Royce en "the Philosophy of Loyalty" la describe como: "La actitud de devoción a una causa en la que se deposita toda la fuerza que uno posee". Es por ello que la persona halla una respuesta a la pregunta: ¿Para qué vivo? y encuentra la unidad, la fijeza y estabilidad siendo leal a sus principios.

Royce reconoce que pueden existir fidelidades hacia causas malignas que ocasionan grandes conflictos a las personas que las mantiene, pero como implican soluciones vitales se cae en la necesidad de luchar por una causa totalmente injusta.

Es por ello que este filósofo insiste en que el ser humano deberá seguir lealtades múltiples siendo las positivas las que buscan la verdad y la justicia. Por otra parte describe como negativas: el asesinato, la mentira, la falta de caridad, etc., sin embargo, como Royce es un filósofo hegeliano desarrolla el concepto de la lealtad como la unidad espiritual de lo absoluto.

Podríamos concluir que el mundo debería ser un solo Estado con una ley común que uniera a todos los hombres en una lealtad solidaria de carácter universal.